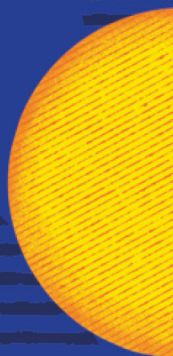
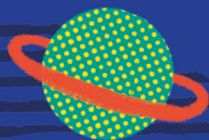


CONCURSO

UN DÍA DE 2984

RELATOS GANADORES Y FINALISTAS



**WONDER
PONDER**

Junio 2022

Un día de 2984

Concurso de relatos de Wonder Ponder

Varios autores

Wonder Ponder

Traje de lobo S.L.

www.wonderponderonline.com

Editado por Wonder Ponder

Diseño de cubierta: Daniela Martagón

El concurso UN DÍA DE 2984 de Wonder Ponder forma parte de un proyecto internacional en el que invitamos a personas de todas las edades a imaginar, escribir, dibujar, conversar y hacerse preguntas sobre el futuro para pensar de manera tan profunda como juguetona acerca del futuro que queremos y del que no queremos y sobre las posibilidades de hacer algo al respecto. Forma parte de la investigación para un libro que publicaremos en el año 2023.

Todos los relatos pertenecen a sus respectivos autores y autoras, quienes han dado permiso a Wonder Ponder, mediante la aceptación de las bases del concurso, para publicarlos en este libro digital que en ningún caso será puesto a la venta.

Para esta publicación se ha realizado una revisión y corrección mínima de los textos para facilitar la lectura, pero se ha procurado mantenerlos tal y cómo fueron recibidos.

CONCURSO

UN DÍA DE 2984

RELATOS GANADORES Y FINALISTAS



ÍNDICE

CATEGORÍA A (6 a 12 años)

Relatos ganadores

[Ya eran las ocho de la mañana](#) por Eitan Lan Fernández 11

[Tigretón](#) por Silvia Martínez Cerrillo 17

Relatos finalistas

[Free rein](#) por Martina Méndez Olmo 21

[Los VHS del futuro](#) por Diego Ureña 25

[Un día de 2984](#) por Emma Montesinos Ruiz de Azúa 33

[Un día a día en 2984](#) por Carla Guerrero Martín 39

CATEGORÍA B (13 a 17 años)

Relato ganador

[¿Con los pies en la tierra?](#) por Lucía del Carmen Segura Fernández 45

Relatos finalistas

[¿Cómo será la vida en 2984?](#) por Maia Maclean 55

[Salvando el mundo en 2984](#) por Alexandra González Redding 58

CATEGORÍA C (18+ años)

Relato ganador

[80 de 2984](#) por Eva Albiol 67

Relatos finalistas

[S.O.S... ¡Me quedo sin batería!](#) por José Carlos Román García 74

[Las historias de Tata](#) por Paula Mariel Liveratore 81



CATEGORÍA A
6-12 años

Ya eran las ocho de la mañana

por Eitan Lan Fernández

Relato ganador





Ya eran las ocho de la mañana del 18 de junio de 1984. Tek se levantó por las farolas que emitían ruidos como “¡Levántate ya!”, “¿Qué te pasa dormilón?!” o “¡Despierta, chiflado con pico!”. Y luego, las farolas volvían a sacar luz (las farolas sacaban luz a todas horas porque el calentamiento global oscureció el cielo). Tek era alto, delgado y con pelo negro largo. Tenía 33 años y me ha dicho que sois tan chiflados los del pasado que necesitáis explicaciones de 2984:

El dinero era solo tecnológico, y si querías comprar algo en una tienda tenías que llevarte el ordenador, enchufarlo con un cable al del tendero y apretar en las teclas el dinero que te gastabas. El dinero eran los klotkeys (1 klotkey = 3€) y los worns (1 worn = 8 céntimos).

Los edificios eran igual que ahora solo que para abajo. Se hizo así para ocupar menos espacio arriba. Lo malo fue lo de los árboles, pero era lo único posible: como escaseaban tanto, tuvimos que poner tubos que sacaran oxígeno. Un árbol era difícil de encontrar (por eso el papel era muy caro y me he gastado 220 klotkeys y 99 worns en este relato).

Los transportes fueron reducidos a un chip llamado electromovimiento, que podía transportar cualquier cosa 100% eléctricamente. Podías ponerlo enchufado a la cama, te tumbabas en ella y, tres segundos después, estabas en tu destino. Solo tenías que decirle al chip adónde querías ir.

Bueno, pues Tek se despertó, subió por las escalinatas a la puerta, la abrió y se fue a comprar cereales en el cerealero. Poco después, ya había comprado los cereales y estaba en camino para “comprar” el periódico. El periódico estaba dirigido por unos millonarios que tenían

muchos asistentes que hacían el periódico y luego mandaban a robots a venderlos. Tek compraba el periódico de Ruwert Mackleson, y ni pesadilleaba (*ni en pesadillas) de comprar el de Tok-rei kan, que tenía reputación de tener espías por todas partes, y en sus periódicos ponía las cosas más TOP SECRET.

—¡Comprad de Jol Mak!

—No, de Teisoon Jorgina

—No, de Rossaletta Ko —decían los robots.

Tek encontró por fin el de Ruwert Mackleson, lo compró y se fue a su casa.

Cuando leyó el periódico, también leyó este artículo, que misteriosamente tenía una cruz:

Desaparición de tres personas en esta ciudad
Sura, Pakistán.

En la Calle Pequeña desaparecieron tres personas el 17 de julio por la noche. Granv, Suka y Ulidetra son tres vecinos de la Calle Pequeña (llamada así por ser la calle más pequeña de la ciudad). Vivieron una vida normal hasta que un día* ¡PUM!, desaparecieron.

El señor Morgewinn y Tui, vecino de Suka, nos hizo una entrevista de los hechos...

—¿QUÉ VISTE POR LA NOCHE?
—Una película.
—¿NOTASTE ALGO RARO?
—Debajo de mi culo olía mal
—¿VISTE ESE DÍA A SUKA?
—Por la ventana haciendo caca.
—¿ALGO MÁS?
—Puede. Si os interesa, que ya no me queda cilantro.
—AJÁ, BUENA ENTREVISTA.
—Claramente, es usted un gran entrevistador

*Ayer por la noche.

Tek era cortivescor. Los cortivescores buscaban los misterios a los detectives y contrataban a detectives para resolverlo, eran los jefes de la de Detectivesca. Ese día, Tek tendría mucho trabajo, así que no esperó más y se fue a las oficinas de detectives que estaban en la calle St. Jorly.

—Hola Tek —dijo Jackool, otro cortivescor y amigo de Tek—, creo que tienes que organizar a los detectives que resolverán este caso.

—Eso es ordenador usado (expresión equivalente a “eso está chupado”, en esa época). Ahora mismo lo hago.

Hizo unas cuantas llamadas a detectives. Claramente contrató a uno de Ruwert y no de Tok rei, incluso aunque Jackool le dijo: “de verdad, ese detective no detectiva bien y ni miento ni lo digo sarcástico ¿eh? Pero vale, si quieres”.

Tras el trabajo, satisfecho, Tek compró comida y se fue a su casa. Luego, mientras comía, siguió mirando el periódico y se dio cuenta de que los artículos estaban quitando importancia al misterio.

* * *

Al día siguiente, en el periódico, Tek vio aliviado que su detective de Ruwert Mackleson había descubierto que el culpable era Tok-rei Kan, por lo que él (Tek) ganaba dinero también, porque él lo eligió.

—Según mis descubrimientos, los vecinos aparecerán en seis días, porque... —decía el detective.

—Pero yo te recomendé elegirlo —dijo Jackool.

—¡Ja, ja! —dijo Tek—, tú me dijiste que era una tontería escogerlo.

—Ya, pero sarcásticamente, si no lo es, lo digo. Y esto no era sarcástico.

—Pero sí me dijiste “de verdad, ese detective no detectiva bien y no miento ni lo digo sarcástico, ¿eh?, pero vale, si quieres”.

—Vaale, vaale, lo reconozco, pero te hago una apuesta: 300 klotkeys a que el detectivito de Ruwert se ha equivocado y el culpable de hacerles desaparecer no es Tok-rei Kan. Investigaremos y ya verás como gano.

—Acepto. ¡Mala suerte!

Como tenía que demostrar a su amigo que era Tok-rei Kan, fue a la casa de Ruwert a pedir ayuda a su detective.

Un asistente le dijo que esperase en la sala de espera, así que eso hizo.

Y, mientras tanto, escuchó una conversación de lo más extraña:

—Ja, ja —decía el detective de Ruwert—, si supieran que los culpables de este “misterio” somos nosotros, y que llevamos pagando a Tok-rei Kan para hacerse cargo de NUESTRO periódico y nosotros del suyo, y que hemos robado a Granv, Suka y Ulidetra para que nos cuenten todas las idioteces de Morgewinny para escribirlas...

—Aunque hicimos mal en darle poca importancia al misterio en el periódico de Tok-rei Kan vendido como “nuestro” y no en el suyo...
—dijo la voz de Ruwert.

—Da igual en cuál, lo importante era dar poca importancia o por finalizado el misterio, porque al cabo de un tiempo descubrirán que somos los culpables...

—Y gracias a darlo por finalizado, hemos metido a Tok-rei en la cárcel. Detective mío, 830.000.000 klotkeys te corresponden. ¡Trae tu ordenador!

Tek se puso a correr, iba a denunciar a Ruwert Mackleson y darle 300 klotkeys a Jackool.

FIN

Tigretón

por Silvia Martínez Cerrillo

Relato ganador





La historia empieza en Londres, un lunes nublado. Este día era uno más para Maite, quien se dedicaba a alimentar a los animales del zoo de Londres: a los leones, a los tigres, a los elefantes, a las jirafas, a las cebras y a los hipopótamos.

Un día, Maite fue a darle de comer a Lolo, el pequeño león. Maite vio que Lolo no comía y avisó al señor Juan, jefe del zoo. Maite le dijo a Juan:

—Juan, ¿es normal que Lolo no coma?

Juan le respondió: —No lo sé cierto, pero creo que no.

Maite y Juan llamaron a la veterinaria, Maite le dijo a la veterinaria:

—¿Es normal que un león bebé no coma?

—¿Qué carne le das? —respondió la veterinaria.

—Un chuletón —le respondió Maite.

—Dale otro tipo de carne y si no se la come, me llamas al día siguiente —le dijo la veterinaria.

Maite fue a darle de comer a Lolo, esta vez Lolo sí se comió la carne día tras día...

Maite, como un día normal, fue a darle de comer a Malú, el tigre más grande de todo el zoo. No se comió la comida, Maite llamó a Juan y Juan le dijo:

—Avisa a la veterinaria.

Maite le dijo a la veterinaria:

—¿Es normal que un tigre mayor no coma?

—Cámbiale la carne —le respondió la veterinaria.

Al día siguiente, Maite fue a darle de comer a Malú y Malú sí se comió la carne. Día tras día, Maite vio muy raros a Malú y a Lolo. Maite llamó a Juan y Juan le dijo:

—Llama a la veterinaria.

Y Maite le dijo a la veterinaria:

—El león y el tigre están raros. La veterinaria llamó al detective. El detective miró a los animales y vio que se estaba formando otro ser: el tigretón.

Free rein

por Martina Méndez Olmo

Relato finalista





Era un 4 de octubre de 2984 cuando a los vaqueros se les ocurrió ir al ayuntamiento a decirle al alcalde que, en vez de coches, utilizaran caballos, porque los coches contaminaban. Se lo dijeron, y el alcalde dijo “sin problema” y dejaron de fabricar coches. Los vaqueros decidieron dar un caballo por habitante y una monitora de equitación decidió dar clases para que la gente aprendiera a montar. Una de sus frases favoritas era free rein y a sus alumnos también les gustaba esa frase. No fue tan fácil enseñarle a todo el mundo a montar, porque a algunos les daba miedo y otros se caían.

Las carreteras las cambiaron por circuitos y los semáforos por robots. Pasado un tiempo, toda la población se fue acostumbrando. Ya no había contaminación ni accidentes de tráfico, pero, aun así, había que tener cuidado.

Todos se acostumbraron a circular de esa manera y así todo el mundo fue feliz y vivieron una vida mejor.

Los VHS del futuro

por Diego Ureña

Relato finalista





—Saludos Luke, —dijo Puffles, el robot personal de la familia.

—Hola Puffles, buenas.

—¿Qué planes tienes para hoy, 1 de mayo de 2984?

—Hoy no tengo muchos deberes, programar un robot para un proyecto de Tecnología y desarrollar la vida de una planta con unos polvos de alto crecimiento, que nos ha dado el profesor de Biología. Hay que hacer un timelapse. Poca cosa... —terminó la conversación Luke.

Rápidamente, se fue a su habitación, que no estaba lejos. La casa era relativamente pequeña debido a la sobrepoblación. Una vez allí, echó los polvos en la maceta junto a una semilla de su planta favorita y dejó la cámara grabando. Tenía una idea estupenda para su robot y quería empezar cuanto antes.

Después de una larga tarde trabajando en su robot, su madre lo llamó para cenar. Era viernes, tocaba ensalada con lechuga, un poco de tomate, zanahoria y maíz, lo sobrante del huerto en su azotea. No solían comer ese tipo de cosas, ya que el huerto no era muy grande y solo lo hacían los días especiales, para no quedarse sin reservas. Aquella ensalada acompañaba la pastilla nutritiva que cenaban siempre.

Esa noche, Luke cenó con prisa. Estaba entusiasmado por enseñarle a su profesora de Tecnología su robot. Pensaba que todos se sorprenderían al ver su creación.

No se creía mejor que sus compañeros, pero se le daba bien la Tecnología, aunque ojalá se le dieran igual de bien las mates.

Luke se acostó pronto y sorprendentemente, también se durmió pronto, cosa que era rara en él. Al levantarse, se aplicó por todo el cuerpo su gel en seco anti- duchas y se peinó un poco. Eligió su ropa, se despidió de Puffles y se fue desayunando en su skate camino al instituto.

Una vez llegó al instituto, plegó su tabla y se la guardó en la mochila. Estaba más feliz de lo normal. Matemáticas, Biología...no veía el momento de llegar a la clase de Tecnología y presentar su robot. Otro día, se habría reído de otro de los despistes de Niko, que había dejado su cámara grabando hacia otro lado, y lo único que salía en su video era su pez nadando en su pecera. Pero hoy estaba demasiado nervioso.

—¡Por fin Tecnología! — pensó Luke, que estaba deseando que tocara esa hora.

Llegó a clase, sacó su robot y lo dejó cubierto con una tela encima de su mesa. Después de un rato, llegó su turno. Destapó la manta. Su robot era una especie de cubo negro, nada fuera de lo normal.

La profesora lo miró un rato y se percató de una caja al lado de éste. Esta caja contenía dos objetos rectangulares que ella desconocía. —¿Qué es eso? —le preguntó a Luke con cara extrañada.

Él le pidió que probase a meter uno de ellos por la única ranura que tenía el robot. La profesora eligió uno que ponía “chef” con la letra de su alumno.

Procedió a meter el objeto rectangular con forma de cinta por la ranura del robot, que hizo unos ruidos raros. Por un momento, la profesora pensó que se trataba de una broma de su alumno, y que el robot no hacía más que eso, pero de repente, el robot cambió de forma radicalmente.

Ese cubo, de dimensiones pequeñas, se convirtió en un hombrecito de metro y medio con un largo bigote, gafas de sol y un sombrero de chef.

—¿Qué necesitas? —preguntó el robot.

—Adelante, —dijo Luke— pídele lo que desees, profesora.

La profesora, anonadada, preguntó por un café, y en un abrir y cerrar de ojos, el “chef” tenía un café en la mano. Era lo más sorprendente que había visto en su carrera. Terminó su café y probó la otra. En esta ponía “guardaespaldas”.

Un momento después, este cocinerito de largos bigotes se convirtió en un musculoso hombre de metro noventa, dispuesto a luchar con quien le llevara la contraria. El robot se presentó, y aclaró que si en cualquier momento se decía el comando “ataca”, él atacaría a quien fuera. Para probar su fuerza, el más fuerte de clase, se dispuso a luchar contra él, pero no duró ni diez segundos.

Entonces, el timbre sonó, y Luke guardó su robot. La profesora le llamó para hablar con él y le dijo que su invento era realmente fascinante y que dónde se podían conseguir las cintas. Luke dijo que las había inventado él y que las había llamado “cintas VHS”, debido a su semejanza con una de aquellas cintas que contenían videos caseros y películas, y que se veían en los aparatos de vídeo de las casas. Hacía ya más de mil años de aquello. La profesora se debía ir, tenía cosas que hacer, pero le dijo a Luke que hablarían en otro momento. Tocaba el recreo, notó que se acercaban a él más personas de lo normal, pero no le hablaban, solo estaban con él. De repente, escuchó la voz de Apolo, un chico de su clase bastante envidioso, que le preguntó cómo había hecho esas “cintas”.

Le dijo que fuese con él, y en una esquina del patio se lo explicó. Luke era bastante ingenuo y le gustaba compartir sus descubrimientos. Cuando salió del instituto se fue rápido a casa. No tenía deberes, por lo que cuando llegó, después de su “pastilla nutritiva”, llamó a sus amigos. Juntos jugaron toda la tarde a una especie de realidad virtual, en la que todos vivían una vida totalmente diferente a la suya.

Mientras tanto, Apolo ya tenía en mente lo que iba a hacer: replicar “a su manera” todo lo que le había dicho su amigo en el patio. Grabó, en un pequeño dispositivo guardado en su bolsillo, todo lo que Luke le

dijo horas antes. Siguió paso a paso las instrucciones de Luke y listo. Al final del día ya tenía una nueva cinta VHS en su mano.

Al día siguiente, Apolo buscó a Luke en el patio. —¿Tienes el robot? —le preguntó.

Luke asintió con la cabeza y sacó de su bolsillo aquel cubo tan característico. Apolo rio en su interior. —Tengo una cinta nueva, ¿podemos probarla? Luke leyó el título: “leal compañero”.

Al introducirlo, el color de los ojos del robot cambió a un rojo sangre y aumentó de tamaño, era gigantesco. Tenían a su lado un robot de unos cien metros de altura, con una voz muy grave y todo tipo de armas en su cuerpo. Todos los alumnos salieron corriendo a sus clases, cogieron sus mochilas y se largaron.

Solo quedaban el robot, Apolo y Luke.

Luke estaba muy asustado, sentía miedo y a la vez angustia por haber caído en tal engaño. El robot empezó a moverse, era lento, pero fuerte y saltaba altísimo. En un par de segundos Apolo y Luke lo perdieron de vista, y lo único que escucharon fue al robot mandando un mensaje por toda la ciudad:

—A continuación, destruiré el planeta, pero me llevará días, vuestra ciudad será la primera. En ese momento, Apolo se dio cuenta de que su robot destructor había llegado demasiado lejos y Luke sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

—¿En qué momento se te ha pasado por la cabeza esta idea? —preguntó Luke.

—Pensé que habría un límite en tamaño y destrucción de un robot y que no podría ser tan letal.

—Tenemos que pararlo —dijo Luke. A Luke le vino a la cabeza un pensamiento del día anterior. Todos los robots tenían el VHS en la nuca, y si seguimos la regla, éste también. —Hay que llegar hasta la cinta para poder sacarla. Debería estar en la nuca —dijo Luke.

—¡Vamos! mi padre tiene una empresa de helicópteros autónomos en la otra punta de la ciudad —se apresuró a decir Apolo.

Por suerte, Luke siempre llevaba una tabla plegable extra en su bolsillo y se la dio a Apolo. Luke era bueno patinando, pero Apolo no tanto, estaba empezando. Lo importante era llegar. La ciudad enloquecía, había mucho tráfico acumulado en las calles, coches en todas las direcciones, trozos de edificios por todas partes.

Después de un largo camino sorteando objetos y evitando coches, Luke y Apolo llegaron a la empresa del padre de este último, se colaron dentro y cogieron un helicóptero. Cogieron el más caro, las oficinas estaban vacías y no había nadie que se los impidiese. Una vez dentro del helicóptero, le marcaron el destino en la pantalla y él solito despegó.

—Vamos a llevarle hacia la playa, que nos siga—, dijo Luke. Se pusieron delante del robot y empezaron a molestarle. El robot empezó a seguirles.

—Bien, ya es nuestro —dijo Luke.

—Espera, aquí hay una cuerda, tengo una idea —dijo Apolo.

Ató la tabla de skate a un extremo de la cuerda y se la lanzó al robot. Por suerte, se quedó enganchada en una de las armas que tenía en las piernas.

Luke, que vio lo que su amigo tramaba, empezó a mover la ruta del helicóptero para que empezara a volar en círculos alrededor del robot.

Las piernas del robot no podían avanzar, el robot tropezó hacia delante, haciendo un gran estruendo.

Aterrizaron y corrieron hacia el robot, treparon por su cuerpo y sacaron la cinta. El robot gigante retomó su tamaño de cubo pequeño e inofensivo. Estaban a salvo.

Luke y Apolo devolvieron el helicóptero a su lugar. Luke se despidió

de Apolo y se fue a casa. Después de contarle a sus padres todo lo sucedido, se metió en su habitación y limitó el código del robot. Al día siguiente Apolo tuvo que pagar las consecuencias de destruir media ciudad, arreglándola. Luke pensó que un poco de ayuda no le vendría mal, así que diseñó una nueva cinta VHS, “reparador”.

Juntos, arreglaron la ciudad y en cuestión de dos días, todo estaba como nuevo.

Un día de 2984

por Emma Montesinos Ruiz de Azúa

Relato finalista





Hoy es un día muy especial, me van a poner la vacuna de saber dividir. Hoy voy a estar todo el día haciendo divisiones. Esos son los efectos secundarios.

Me ha dicho mi madre que después de que me ponga la vacuna me dará una sorpresa. Estaba muy nerviosa al entrar al colegio. Me senté y, en un abrir y cerrar de ojos, me habían puesto la vacuna. Cuando me teletransporté a casa, la sorpresa fue un perrobot modelo B2, la última generación. Sabía hacer piruetas dobles y todo. Utilicé la impresora 3D para hacer comida de perrobot.

¡Oh, oh! ¡ya empezaban los efectos secundarios! Seis dividido entre dos es igual a tres; veinte dividido entre cinco es igual a cuatro... ¡Ah! por cierto, me llamo Medusa y espero que este mensaje llegue a 2022, el pasado.

Un día a día en 2984

por Carla Guerrero Martín

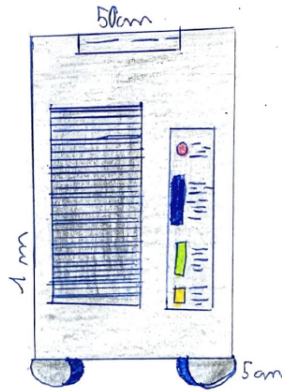
Relato finalista



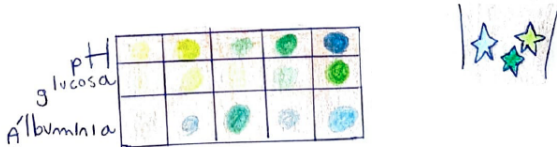


Cada día habrá una serie de normas o inventos. Las normas son muy necesarias para mantener la vida en la Tierra. Aquí, el día a día de las personas:

Este invento se llama chimoko, siempre encontrarás uno en cada casa. Su propósito es lanzar O₂ y tragar CO₂, es como una planta.



Cuando tengas que ir al hospital verás que los doctores estarán revisando las muñecas de las personas. Eso es porque tienen tatuajes especiales que miden el nivel de ph, glucosa y albúmina. Este tatuaje se medirá por colores.



Todos los días verás parques en una gran cápsula. Esa cápsula sirve para mantener los árboles, el césped, las cosechas... y también servirán para recolectar oxígeno.



Cada tres manzanas encontrarás unas tiendas de papel (se hacen cada vez que alguien necesita papel. Cada vez que alguien talle un árbol se plantará otro). Al lado de algunas tiendas de papel habrá peluquerías, las cuales donarán el pelo cortado para limpiar ríos, océanos y mares (el pelo es un absorbente natural).



Todas las personas siempre llevarán este traje. Es como el de los astronautas, pero tiene sus diferencias:

- Tienen una mochila con 6 latas de oxígeno.
- Un tanque en la parte de abajo de la espalda.
- Se puede elegir el color del traje.
- Se puede cambiar la temperatura del traje



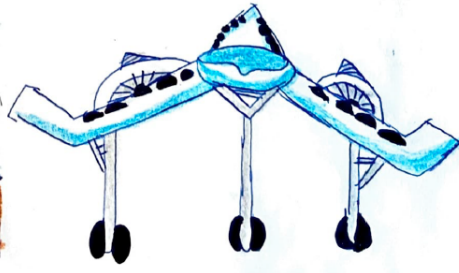
Todas las tiendas que veas tendrán robots, al igual que cuando veas a robots limpiando las calles. Los únicos trabajos que no tendrán robots serán policías, bomberos, médicos, doctores, enfermeros, psicólogos y artistas (músicos y pintores). En las profesiones anteriormente nombradas, solo se admitirán robots en el caso de que él/ella tuviera una discapacidad física. Los profesores serán personas, ya que los humanos somos más comprensivos.



De vez en cuando verás a personas con aspecto extraño. Esas personas son habitantes de Plutón, medirán 2 metros o más, serán delgadas, la mayoría son pacíficas, se comunican con lenguaje de signos y el pelo lo tendrán del mismo color que la piel.



Los aviones serán un poco raros, pero no gastan tanto combustible. Además, cabrán más personas.



CATEGORÍA B
13-17 años

¿Con los pies en la tierra?

por Lucía del Carmen Segura Fernández

Relato ganador





DÍA 508 EN MARTE:

Calculo que ahora en la Tierra sería 2985.

Cada vez tengo más pesadillas respecto a nuestro rescate de la Tierra. En ellas, escucho a los hombres que nos perseguían y los gritos desgarradores de Camila, de la que no hay ni un solo día que no me acuerde. Noto mi corazón palpitando con fuerza y veo las caras sucias y cargadas de terror de Marta y Cintia. Y luego, sus caras relucientes, con expresiones desconcertadas. Es comprensible, la mía debía de estar igual. Te voy a transportar a ese día. Quizá hablar de ello me ayude a desahogarme, ya que Cintia y Marta no quieren oír ni una palabra de ello.

Estamos en la Tierra, 2983, día de fin de año. Marta, Cintia, Camila y yo estamos en casa de Camila. Sus padres están de viaje. Ese fue el día que empezó todo.

—¡Ana! ¿Tienes los escarabajos listos? — me llamó Marta.

—¡Preparados! Trece para cada una, uno por cada horóscopo.

Es una tradición, que a las 0:00 del día 31 de diciembre te conectes los mentevivos (unas bolas pequeñas, de las que salen unos cables con una ventosa. Coges dos bolas y te las colocas a cada lado de la sien. Dices lo que quieres ver e inmediatamente te aparece la imagen en directo) y pongas el canal de Fin de Año. En él, siempre sale el

nuevo prototipo de Alexa, que recita los horóscopos, y tú te comes un escarabajo frito por cada uno.

Repartí los escarabajos y las cuatro nos colocamos los mentevivos.

Cuando empezó el nuevo año, 2984, todas nos abrazamos felices. De repente, a través de mis mentevivos, me llegó una extraña música, parecía una alarma.

—¡Noticias de última hora! El último trozo del Polo Norte, el más grande, se ha hundido. Los niveles del agua suben. Aquel que viva en la costa ¡cuidado, vigilancia! —gritó Alexa.

Me entró el pánico. La casa de Camila estaba en la misma costa.

—¡Hay que irse, ya! —ordené.

—¡Vamos a mi casa, vivo en la montaña! —exclamó Cintia.

Le di un atodaspartes (un objeto que tenía forma de aro. La persona tiene que conocer el lugar al que quiere ir. Te teletransporta inmediatamente). Ella lo agarró con fuerza y nosotras nos sujetamos a su brazo.

—Tres, dos, uno —dijo Cintia.

Abrimos los ojos y nos encontramos en un salón moderno, minimalista. Iba yo a decirle lo bonita que era su sala, cuando nos llegó un nuevo aviso:

—¡Dos familias asesinadas por sus propios robots! Las máquinas, al entrar en contacto con el agua salada, se multiplican y se vuelven violentas. Cuidado, tenemos avisos de que varias se dirigen hacia el norte.

Continuamente nos llegaban avisos de más gente asesinada, tanto aquí como en otros países. Había miles de robots por todas partes, y de vez en cuando rodeaban la casa, intentando entrar. Lo que veíamos por las ventanas era terrorífico. Había volutas de humo causadas por los numerosos incendios, que se elevaban hasta rozar la gran masa gris,

que ahora era el cielo.

Una noche, alguien tocó a la puerta. Todas cogimos un atacayvuelve (una cosa parecida a lo que en el pasado se llamaba bumerán, solo que con una cuchilla. Tú lo lanzas y vuelve). Camila se acercó cautelosamente a la puerta, y la abrió. Nos encontramos ante un hombre que debía de estar en sus treinta. Tenía la cara tiznada y llena de rajás. Estaba sucio, demacrado y visiblemente agotado.

—¿Puedo...pasar? —preguntó con voz débil.

Nos miramos entre nosotras. Camila se hizo a un lado y el hombre entró. Hicimos que se sentara en la cocina, y le dimos un vaso de agua.

—Me llamo...Sylas -dijo, a duras penas.

—Nosotras somos Ana, Camila, Cintia y Marta —dije, mientras nos señalaba a cada una.

—Cuéntanos, ¿qué ha pasado? —preguntó Marta.

Sylas bebió otro trago de agua y comenzó su relato.

—Soy el líder de la Resistencia —a juzgar por las caras que poníamos, él entendió que no habíamos oído hablar de la organización—. Es un grupo de gente, desgraciadamente pequeño, que se dedica a la lucha contra robots. Estamos intentando detenerlos, pero nos superan en número, sufrimos bajas diarias y ellos no tienen necesidades. Somos tres mujeres y cuatro hombres, contándome a mí. ¿Os uniríais?

—¡Sí! —dijimos las cuatro al unísono.

Atravesamos el vestíbulo, y cuando Sylas abrió la puerta, nos encontramos cara a cara con un gran número de hombres.

—Os he mentado. Somos diecisiete hombres, hay tres mujeres, pero las estamos estudiando y utilizando para que la raza humana sobreviva. Cuatro chicas jóvenes y fértiles nos vendrán muy bien, —rio Sylas.

Nos miramos horrorizadas.

—¡Corred! -dijo Cintia subiendo las escaleras a la velocidad de la luz.

Nos encerramos en el cuarto de esta, mientras oíamos a los hombres subir.

—Ayudadme a mover el armario —dijo ella.

Movimos el mueble, desvelando un muy antiguo conducto de ventilación. Quitamos la rejilla que lo cubría y nos metimos dentro. Cuando yo me deslicé por el agujero, vi a Syllas irrumpir en la habitación. Cuando llegué al final del conducto, donde mis amigas me esperaban, grité:

—¡Ya vienen!

Nos pusimos en marcha. Corrimos y corrimos, hasta que anocheció. Finalmente, paramos junto a un edificio medio en ruinas.

—¿Dón...de...esta...mos? —preguntó Camila, tumbada en el suelo, jadeando.

Caminé, esquivando algunos escombros y penetré en el edificio. Millones de aparatos, la mayoría de ellos destrozados, se extendían por largas mesas de trabajo.

—¡Estamos en un laboratorio! —grité para que me oyeran desde fuera.

Marta y Cintia se me unieron. Camila seguía tumbada fuera. Las tres contemplamos el lugar en silencio. Entonces vislumbré tres sombras al fondo de la sala.

—Eh, chicas, mirad -avisé a las demás.

Conforme nos íbamos acercando, nos dimos cuenta de que eran tres mujeres, todas en muy mal estado. Tenían un tubo por el que les estaban extrayendo sangre y estaban inconscientes. De repente, oímos un grito ensordecedor de Camila. A continuación, oímos pasos y voces.

—Si esta está aquí, las demás deben de estar cerca. ¡Vamos!

Era la voz de Syllas. Corriendo, rompí con uno de los aparatos, una

ventana. Me subí a la mesa más cercana y salté a través del agujero. Me rajé la pierna derecha, desde la rodilla hasta la pantorrilla, y caí rodando por un prado. Cuando Cintia y Marta salieron por la misma ventana, echamos a correr. Notaba como mi sangre tibia resbalaba por mi pierna, pero lo único en lo que podía pensar era en que nunca volveríamos a ver a Camila.

Después de una hora corriendo, llegamos a una explanada con montones de piedras. Nosotras tres nos escondimos detrás de una montaña de estas, esperando que nuestros perseguidores pensarán que habíamos pasado de largo. No fue así.

Fueron investigando cada montón de piedras. Miré a mis amigas. Estaban en muy mal estado. Cintia tenía el labio reventado, el brazo de Marta colgaba de su hombro en un ángulo un tanto extraño, y a mí, me dolía tanto la pierna, que quería que me la arrancaran. Cerramos los ojos. Notaba mi corazón latiendo con fuerza contra mi pecho y sus pasos acercándose más y más. Y de repente, silencio. Ya no me dolía la pierna. Abrí los ojos. Nos encontrábamos en una especie de campamento de arena rojiza. Miré a mis amigas a la cara, y me sorprendí al verlas limpias, sin un solo rasguño. Pensé “¿dónde estamos?”, y enseguida, en mi mente, alguien respondió: “Marte”. Desde entonces, habitamos aquí, en Marte. Estamos completamente solas.

Y aquí seguimos, en Marte, quien sabe hasta cuándo.

¿Volveremos a poner los pies en la Tierra?

¿Cómo será la vida en 2984?

por Maia Maclean

Relato finalista





Hola, soy Maia MacLean y tengo 976 años. Os voy a contar un día de mi vida en 2984. Hace 962 años, mi profesor de Valores Éticos me dijo que moriría antes de cumplir los 100 años, pero ya veis... ¡aquí estoy! Hasta ese día mi profe me caía bien, pero no podía creer lo que me acababa de decir. ¿Morirme yo? ¿Antes de los 100? ¿En serio? ¡Anda ya!

El mundo ha cambiado mucho desde 2022. Hoy tenemos coches que planean por encima de los rascacielos y comida que se cocina con solo apretar un botón. También podemos teletransportarnos y cruzar miles de kilómetros en cuestión de segundos. ¡Es magnífico! Pero de todos los avances y descubrimientos tecnológicos, mi preferido es el empatizador. El empatizador es un minúsculo aparatito que se coloca justo detrás de la oreja y nos permite ponernos en el punto de vista de otra persona. ¡Está muy guay! Gracias al empatizador, cada día el mundo es un lugar mejor, ya que la gente es amable y comprensiva. De hecho, la última guerra internacional fue... ¡En 2030! ¡El planeta lleva más de 950 años sin ningún conflicto! ¡Todo un récord! ¡Y todo gracias al empatizador!

Despierto en mi eco-casa y encuentro a Lupak sirviendo el desayuno. Lupak es mi perro-droide desde hace seis años, y es una mascota obediente, fiel y muy servicial... ¡y cocina los mejores croissants de toda la galaxia, os lo juro! Mientras me quito el pijama, los robopájaros que anidan en mi alféizar entran en casa y recogen mi habitación: todo en orden en menos de 40 segundos. Consulto mi agenda en el bioreloj que llevo implantado en la muñeca. Hoy he quedado en París para almorzar con mi mejor amiga, Alexandra. Hace meses que no la veo, ya que sus padres la mandaron a estudiar a un elitista internado en el tercer anillo de Saturno.

Después de almorzar, Alexandra y yo nos dispusimos a dar un paseo por las tiendas más lujosas de Milán. Con el teletransportador llegamos en 12 segundos, pero cuando pusimos un pie en Italia... ¡se puso a llover a cántaros! ¡Qué horror! Por suerte pudimos tomar un taxi anfibia tierra/mar, que nos llevó en un abrir y cerrar de ojos a las bodegas del Titanic (aunque el taxista dio un rodeo innecesario por el siempre abarrotado Triángulo de las Bermudas, ¡menudo espabilado!). Actualmente, las bodegas del Titanic han sido remodeladas y albergan una de las discotecas más glamurosas del Océano Atlántico. Ahí, suelen reunirse la flor y nata de nuestro planeta: por ejemplo, hoy, en el rincón del fondo, podemos encontrar al descubridor de la cura contra el cáncer charlando, animadamente, con la primera mujer afroamericana en ser elegida presidenta de los Estados Unidos. Por su parte, acodada en la barra disfrutando de un Martini, tenemos a Lucy Wright, inventora de la tecnología Bird que permite descargar directamente datos de la Nube a tu cerebro. ¡Adiós a los deberes! ¡Viva el conocimiento! ¡Gracias, señorita Wright!

¡Ah, se me olvidaba! Hay una celebridad más en esa discoteca, alguien muy importante, seguramente más que cualquier otra persona en la tierra. La descubridora del jarabe que permite mantenerse con vida durante cientos y cientos de años... ¡yo misma! ¡Maia MacLean, inventora del MuerteStop!

Salvando el mundo en 2984

por Alexandra González Redding

Relato finalista





Lentamente, abandoné la oscuridad del sueño y fui recobrando la consciencia. ¡Uf! ¡Menudo dolor de cabeza! ¡Me zumban los oídos! ¿Qué demonios ha ocurrido? Abrí los ojos y descubrí ante mí, el rostro de un robot que me observaba.

—¡Ahhhhh! —grité asustada.

—Hola, me llamo Winnie —contestó el robot con voz neutra.

Procuré tranquilizarme y le pregunté a aquella máquina qué me había pasado.

—Error 404. Respuesta no encontrada —respondió Winnie. Yo no sé qué te ha pasado. Simplemente te encontré aquí, en mitad de ninguna parte.

El sopor del sueño se desvanecía poco a poco e iba recobrando la memoria, como una niebla que se disipa al salir el sol.

—Oye, Winnie, una pregunta. ¿En qué año estamos?

—¡Oh, esa sí me la sé! —en su entonación metálica casi se podía percibir alegría.

—Estamos en 2984.

—¿Cómo? ¿2984, dices? Entonces... ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Ha funcionado, Winnie, ha funcionado! —exclamé dando brincos y bailando con aquella hojalata.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué ha funcionado?

Fue entonces cuando le expliqué a Winnie que yo era una científica del año 2022, que había estado trabajando en una máquina muy especial... ¡una máquina del tiempo! El prototipo estaba terminado y

las pruebas con ratones habían dado los resultados esperados, pero aún tenían que pasar meses antes de conseguir los permisos para experimentar con humanos. ¡Qué lata de papeleos y burocracias! Así que había decidido saltarme clandestinamente varios pasos y probar los viajes en el tiempo conmigo misma, la inventora del aparato. ¡Y, por lo visto, no me equivoqué al hacerlo!

—Me alegro por ti, celebro que tu tiempo-transportador haya funcionado —dijo Winnie, sin demostrar mucha emoción. Pero la verdad es otra: has llegado en el momento oportuno, ya que la humanidad de 2984 necesitará la ayuda de alguien como tú.

Winnie me explicó que había un robot malvado que estaba encarcelando a robots inocentes, y también a personas cuyo único delito había sido respirar. Se rumoreaba que, incluso, llegaba a torturarlos hasta la muerte.

—Por supuesto que os ayudaré a liberaros de ese tirano —respondí de inmediato. Por cierto, ¿cómo se llama ese robot supervillano?

—Screwie.

—¡Vaya! ¡Qué nombre tan dulce para un criminal tan miserable!

Fuimos directos a su castillo, pero antes pasamos por algunas tiendas para equiparnos con armas y munición con las que defendernos. Cuando fui a pagar al vendedor, se rió al ver mis billetes de anticuario (¡así los llamó!) y me confesó que no tenía ni repajolera idea de lo que significaba la palabra euro. Menos mal que Winnie enseguida me aclaró que, desde hace aproximadamente 350 años, las monedas y los billetes dejaron de circular por el mundo. Ahora los cobros son automáticos, por transferencia electrónica, cada vez que cruzas el umbral de cualquier tienda. ¡Qué práctico y a la vez qué inquietante!

Tras ello, fuimos en dirección al castillo de Screwie, pero no fuimos andando, ¡ni mucho menos! Fuimos en... ¡aeroautomóvil! Un vehículo a mitad de camino entre el coche y las naves espaciales que yo solo había visto en las películas. ¡Moló mucho!

Al llegar, dedicamos más o menos media hora en encontrar a Screwie, ya que su castillo era el más inmenso y laberíntico que pudiera imaginar. Lo encontramos cuando ya estábamos a punto de abandonar, justo cuando se disponía a lanzar a una hermosa e inocente muchacha al fondo de un pozo de lava:

—¡Eh! ¡Detente inmediatamente! ¡Déjala en paz! —grité lo más fuerte que pude.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién se atreve a hablarme de ese modo? ¡Identifícate!

—Me llamo Alexia, y voy a ser el principio del fin para ti.

En cuanto terminé la frase, que me había quedado muy peliculera, le disparé un relámpago con mi pistola eléctrica, pero Screwie ni se inmutó. La aleación con la que estaba hecho era una excelente conductora de la electricidad, así que el rayo supuestamente letal no le hizo ni cosquillas.

Reaccioné de inmediato, no había tiempo que perder. Desenvainé mi espada láser y fui corriendo hacia él para atacarle, pero tampoco sirvió de mucho. Estiró sus brazos elásticos y consiguió inmovilizarme y lanzarme al suelo antes de que me hubiese conseguido acercarme. Aquellas extremidades extensibles me sujetaban con tanta fuerza que comenzaba a faltarme el aire, todo se desvanecía... cuando de repente, una flecha cruzó velozmente y se clavó justo en la frente de Screwie. Había sido Winnie y su superarco Robin Hood.

Los brazos que me sujetaban comenzaron a aflojarse y pronto pude liberarme del todo. Sin pensarlo ni un momento, di cuatro grandes zancadas y, con la ayuda de Clara (la chica a la que Screwie había estado a punto de matar) empujamos a aquel malvado robot al fondo del cráter.

—¡Nooooooooo! —escuchamos gritar a Screwie mientras se sumergía en aquella plastilina ardiente.

Clara, Winnie y yo no podíamos estar más contentos. ¡Por fin seres humanos y robots podían vivir con paz y seguridad en el mundo!

CATEGORÍA C

18+ años

80 de 2984

por Eva Albiol

Relato ganador





360,898 - 379,832

Sabía de sobra que estaba solo, pero, aun así, comprobó que las ventanas absorbentes estuvieran desconectadas y, en un acto reflejo, miró por encima del hombro. Había hecho la solicitud esa misma mañana a través de Rayo, y contaba con 18,934 minutos, el tiempo diario máximo permitido para los actos recreativos autónomos. Karzei no planeaba dedicarse a tales menesteres, sino a otros más peligrosos, para los que era imposible pedir permiso.

Tenía que darse prisa. Abrió el armario, levantó el falso fondo y sacó la máquina. Pasó el dedo índice por la superficie antes de sentarse en el escritorio. Era una imitación casi perfecta de las viejas máquinas de escribir del siglo XX, como las que habían desenterrado recientemente en el yacimiento de HipanisO. Hacía al menos trescientos años, que los objetos metálicos se habían convertido en un lujo; la máquina de Karzei estaba construida con bericidio de primera calidad. Por supuesto, hecha en un criptotaller, al igual que la tinta, ya que cualquier reproducción de artilugios antiguos precisaba también de un permiso especial. Quizá Karzei, como maestro arqueólogo, lo hubiese podido obtener tras unas cuantas explicaciones. Pero la autorización de uso era otra historia. Los mensajes en papel eran contrarios a la Transparencia, y estaban totalmente prohibidos, excepto para fines museísticos o educativos.

Karzei Zöm sabía lo que se jugaba. Aun así, se puso a escribir. Le quedaban 16,472 minutos. Obvió la fecha y empezó directamente: Querida Falgai.

510,543 - 515,542

Mergon aguardaba en una de aquellas esquinas que, por alguna razón, solían quedarse a la sombra. Claro que las ventanas absorbentes podían captar igualmente lo que ocurría allí, pero le daba más tranquilidad operar así, en territorios poco iluminados.

Por seguridad, no tenía ni idea de a quien estaba esperando; solo que tenía que llegar antes de cinco minutos. En realidad, esta clase de encargos no le gustaban en absoluto, pero le resultaban muy lucrativos. Y esta vez había un aliciente añadido: se trataba de una hoja de papel. Como la mayoría de los ciudadanos de Trans, Mergon no había visto nunca un papel de verdad, ni creía que siguieran existiendo o produciéndose en las criptofábricas. Y ahora, si todo iba bien, tendría la oportunidad de tocar uno.

612,007

Mergon no podía arriesgarse a ser absorbido por una ventana mientras llevaba a cabo su misión. Así que, como de costumbre, lo hizo con la máxima discreción: ni siquiera llegó a ver el papel mientras lo metía en el arcanobolsillo, esperando no ser detectado. La prudencia era inherente a su trabajo, pero no dejaba de frustrarlo un poco. Seguro que el montón de anécdotas que iba acumulando sobre encargos secretísimos le darían mucho juego para ligar.

Le costó más de una hora y media de atajos, subterfugios y disimulos bien calculados trasladar el papel hasta la siguiente esquina y desentenderse de él para siempre. Pero, en fin: lo había llegado a acariciar.

612,008 - 732,000

Nikog no necesitó más de unos minutos para encontrar la cápsula idónea e introducir la carta.

Poca gente llegaba a dominar el sistema Capsular de Transferencia

debido a la complejidad del código de colores. Quizá precisamente por eso resultaba tan eficaz. En realidad, tampoco había gran cosa que entender, bastaba con admitir que controlarlo completamente era prácticamente imposible. Nikog Asz, sin embargo, era bastante bueno. Lo que menos le gustaba de su trabajo era el horario, de 612 a 732. Esperaba ascender pronto y conseguir un empleo más decente, de una hora al día. Trabajar de 700 a 760, por ejemplo, sería estupendo.

Y algo que nunca podría conseguir si lo pillaban manipulando las cápsulas, claro. Quería pensar que seguía una estrategia muy planificada, pero en realidad esta consistía en ignorar cualquier sentido del peligro, olvidar lo que le pasaría si lo descubrían y confiar en el puro azar. Nikog no lo hacía por los dinerOS. Bueno, no solamente. La Transparencia estaba implantada desde hacía décadas, quizá un siglo. El SCF era una pequeña parte del sistema, cuyo contenido se podría resumir en hacer que los mensajes privados entre particulares nunca fueran privados del todo. Las comunicaciones se cifraban según el complejo código de 11,876 colores. Y no solo las palabras, sino los objetos enviados. El número de objetos permitidos era limitado y, desde luego, no incluía materiales antiguos. Pero Nikog había encontrado dos vulnerabilidades del sistema. La primera, que las revisiones de mensajes se producían al azar. Por tanto, si había un número elevado de mensajes, disminuía la probabilidad de ser analizado. La segunda, que el sistema no esperaba que nadie fuese tan insensato como para introducir una carta real en una cápsula. Y, por tanto, no habían implementado detectores para un material obsoleto como el papel. Si un día lo hacían, Nikog Aász estaba muerto.

740,061 - 1201,875

A partir de ese milisegundo, y durante ocho horas, la cápsula cambiaría de manos y de color no menos de dieciséis veces, hasta volverse intrazable. Hacía ya algunas décadas que el sistema se había vuelto mucho más caótico de lo que la gente se imaginaba, y mucho menos eficaz. La cantidad de datos era tal que, simplemente, sin hacer ruido,

habían dejado de procesarse. Para la Transparencia, lo importante no era el control, sino que los ciudadanos pensasen que tal control existía y, además, era exhaustivo e ineludible. El puro miedo de los ciudadanos le ahorraba a la Transparencia billones de dineros. Para mantenerlo, era suficiente detener a un disidente de vez en cuando e imponerle un castigo ejemplar. O, simplemente, una buena puesta en escena.

Nikog, como otros miembros de la cadena, sospechaba que así era cómo funcionaban realmente las cosas. Otros, infiltrados en puestos de mayor responsabilidad, lo sabían a ciencia cierta. De no haber sido así, no todos se hubiesen atrevido a formar parte de un proyecto tan loco: recuperar el correo tradicional.

1201,876 - 1202,549

La primera idea había sido de Karzei. La hubiese formulado así, de manera grandilocuente: recuperar el servicio de correos. Pero las ventanas absorbentes, que todo lo captaban, vigilaban mucho a los cargos de responsabilidad como Karzei Zōm, y especialmente a los que tenían acceso a documentación del pasado. Parecían tener oídos solo para palabras como rescate, secreto, pasado... que eran precisamente las que más atraían a Karzei. Le maravillaba pensar que unos mil años atrás las personas pudiesen comunicarse de manera bilateral, sin estar expuestas al escrutinio de la Transparencia y, en resumidas cuentas, de todo el mundo. ¿Cómo sería recibir un mensaje totalmente personal? Un mensaje que no se autodestruyese en 0,007 segundos, que se pudiese atesorar. Aunque, bueno, no habían llegado a tanto: almacenar un papel no era seguro en absoluto.

Con todo, no se podía negar que la prueba piloto había sido un éxito: Falgai era la primera persona, desde hacía siglos, que recibía una carta. Las palabras eran lo de menos. Pero las leyó rápidamente, las releyó más rápidamente aún, las grabó en su memoria y, tras hacer pedazos el papel, se lo tragó limpiamente.

1410,311 - 1420,312

Karzai nunca se hubiese arriesgado de no ser por Falgai, desde luego. Falgai Sik era también maestra arqueóloga, especializada en sistemas comunicativos, loca por el pasado... y loca en general. Había conseguido implicar a una docena de personas que, con mayor o menor conocimiento, habían contribuido al germen de lo que, en unos años, en unos siglos, se conocería como el fin de la Transparencia. Que habría comenzado, dirían los libros de historia, con una sencilla carta de amor. Porque todas las cartas, Falgai estaba convencida, eran de amor.

Los 10,001 minutos de actividades nocturnas solitarias que le había concedido el sistema Rayo serían, esa noche, bien aprovechadas. Tan pronto las ventanas absorbentes dejaron de funcionar, Falgai se sacó un lápiz, literalmente, de la manga. Querido Karzei, ha empezado.

S.O.S... ¡Me quedo sin batería!

por José Carlos Román García

Relato finalista





6:30. 13 de abril de 2984. Suena el despertador. Me desconecto el cable de recarga y me pongo en marcha. Una ducha rápida, un café mientras me afeito y a empezar un nuevo día cargado de energía.

7:16. Salgo de casa camino al trabajo. Desde que el gobierno nos instaló las baterías personales de recarga biónica voy a trabajar en autobús, para no malgastar caminando energía imprescindible. Esa una de las consecuencias negativas de esta nueva forma de organización humana, tener que recargarte dos veces al día: de noche y al mediodía. El otro aspecto negativo es el tema de los cables de recarga que, como las baterías, son unipersonales y no lo puedes compartir con otros seres humanos. Cuestión de seguridad, dicen.

8:13. Entro tres minutos tarde en la oficina y desde lejos puedo ver la cara de enfado de mi jefa, -qué ganas de malgastar energía enfadándote todas las mañanas - pienso. Mientras me disculpo, tira sobre mi mesa el plan de trabajo para hoy. Madre mía, ¡si llego al mediodía sin tener que recargarme, va a ser un milagro!

11:02. María me llama por la línea 4, es hora de desayunar. Cierro el documento en el que estoy trabajando con cuidado para no perder nada y busco la mochila para coger mi cartera... Pero ¿dónde está?... Creí haberla dejado aquí... o quizás... ¡ay, no! ¡me la dejé en el autobús!

11:36. Volvemos al trabajo. María me ha tenido que invitar al desayuno en el bar. Nada más sentarme llamo desde el teléfono de mi mesa al consorcio público de autobuses, pero me dicen que de momento no

han recibido ninguna mochila en sus oficinas de objetos perdidos. Me piden que vuelva a llamar por la tarde.

14:00. Paramos para comer y recargar baterías. Todos sacan sus cargadores unipersonales y los van enchufando a sus baterías, mientras yo busco el mío. No lo entiendo, cómo se me iba a olvidar. Miro por debajo de la mesa, en los baños, hasta que por fin me acuerdo y siento como se me acelera el pulso... ¡estaba también en la mochila!

14:35. Vuelvo a llamar a la empresa de autobuses y me confirman que, de momento, no ha aparecido nada. Pido permiso a mi jefa para tomarme la tarde libre y volver a casa. Como me imaginaba, me lo da a regañadientes. Cojo un taxi en la puerta para no malgastar energía en el trayecto. Estoy a media batería y debo ser prudente.

17:45. Llevo más de dos horas buscando mi cargador por toda la casa, con la esperanza de que no estuviera en la mochila, pero nada. Empiezo a angustiarme bastante porque solo me queda un cuarto de batería, así que decido sentarme en el sofá para no malgastarla y pensar bien qué es lo que puedo hacer.

19:50. Me despierto tirado en el mismo sofá donde me había sentado. Me he quedado dormido sin darme cuenta. Cuando intento incorporarme para llamar de nuevo a la empresa de autobuses no puedo, mis piernas no responden. Como puedo, me tiro al suelo y me arrastro con los brazos buscando el móvil para pedir ayuda, hasta que una imagen terrorífica se apodera de mí... ¡el móvil también estaba en la mochila!

21:23. Sigo tirado mirando al techo, sin moverme para no gastar las pocas baterías que me quedan, cuando escucho el timbre de la puerta. Intento incorporarme para pedir ayuda, pero no me responden tampoco los brazos, ni puedo hablar. María aporrea la puerta desde la calle gritando mi nombre: "¿Daniel? ¿Daniel? ¿Estás bien? Soy yo, abre". Pero no puedo hablar... Mis ojos se cierran lentamente y solo siento un ligero zumbido en mi cabeza, batería off... batería off... Todo está volviéndose negro. Batería off...

22:10. Entreabro los ojos poco a poco. Me cuesta bastante, pero cuando lo consigo veo la cabeza de María sobre mí cara. Me habla llorando y no la entiendo del todo bien. Supongo que debo tener poca batería, hasta que por fin consigo entenderla: "Daniel, tranquilo, soy yo, María. He venido a traerte tu batería. Te dejaste la mochila en el baño del trabajo esta mañana. Relájate, estoy aquí a tu lado". Y, mientras la miro, respiro aliviado, sintiendo cómo mi cuerpo se va recargando...

Las historias de Tata

por Paula Mariel Liveratore

Relato finalista





Tata dormía como un bebé cuando lejano en sus sueños una estampida, parecida a rinocerontes corriendo ante el acecho de leones, la desveló:

—¡Tata, tata, despierta! —dijo en su mente Luke, saltando en la cama suspendida que se balanceaba como cuna de bebé, en el medio de la habitación.

—¡Ya llegamos! —gritó telepáticamente John.

—Todo el día juntos, ¡yupiiii! —festejó Jane poniendo su música preferida con un abrir y cerrar de ojos.

Tata era la tatarabuela Mary y tenía los domingos enteros reservados para sus tataranietos Luke, Jane y John. A simple vista, no podía decirse que tuviera 203 años. Era verdad que su cara parecía un mar de arrugas cuando sonreía, pero conservaba todos sus dientes; digno prodigio de una alimentación equilibrada y una estricta higiene dental. Y, claro resultado de la transformación genética que había recibido... hacía mucho tiempo.

—¡Buenos días mis adorables mosqueteros! Así da gusto despertarse. ¿Me vais a preparar el desayuno? A veces echo de menos la casa-ordenador, que lo hacía todo por nosotros.

—Venga Tata, que para eso estamos. No tienes por qué preocuparte. Te haremos un rico y nutritivo pastel de brócoli y... —no pudo terminar Jane de explicar, que John la interrumpió:

—¡Zum de uvas!

Vale, yo tenía en mente un dulcífero grasásolo, pero veo que debo cuidarme. ¿Cómo lo pasasteis ayer con los bisabuelos?

—No pudimos ir, estaban de vacaciones en unas cabañas, en unos árboles, en un planeta de la galaxia del Sombrero -dijo Jane con voz de estar un poco molesta.

—No me digas más, a través del tele-materport —comentó Tata.

—Sí, ¡una injusticia que los menores de doce años no podamos

teletransportarnos! —se quejó Luke.

—Vuestra materia es un muy joven, no resistiría esos viajes; ya tendréis tiempo para ello —explicó Tata y cambiando de tema añadió—: de todas formas, prepararme el desayuno sí que podéis hacerlo, ¡hala!, ¡que se nos hace tarde!

Los niños se apresuraron a cocinar para Tata, porque era como un juego para ellos.

Sabían que sus mentes eran muy poderosas, pero como habían aprendido de los errores del pasado, sus manos eran muy habilidosas también. O casi, pues acabaron dejando la cocina parecida a las pinturas del 2980, llamadas “Charcos abstractos”, es decir, manchas violetas y verdes por todos lados. Viendo lo que habían ocasionado, reían bajito. Ya se las arreglarían para utilizar el poder de sus cerebros y poner a limpiar el escobillón, el trapo y la fregona.

Mientras Tata fingía disfrutar lo sabroso que le estaba resultando el desayuno, Jane comentó:

—Cuéntanos más de cuando eras pequeña, Tata, pero utiliza tu voz que me encanta escucharte.

—¡Sí! Tata, cuéntanos la vida de hace dos siglos—expresó John.

—Si no hay más remedio...—suspiró Luke.

—A ver, ¿qué puedo contaros esta vez? —reflexionaba Tata mientras mordisqueaba el pastel de brócoli, y añadió—: eran épocas muy diferentes. Antes se decía que todo tiempo pasado fue mejor, pero no es este el caso. Aunque había ensayos para hablarnos telepáticamente, estaba todo muy en pañales. Todavía nos comunicábamos a través de jeroglíficos. Me acuerdo de que el jeroglífico que más me gustaba era un pato con su cara borrada que significaba patidifuso.

—¡Jajaja!, ay Tata, creo que ese te lo acabas de inventar porque nunca lo habías nombrado antes—se sinceró Jane.

—De verdad, debéis creerme. Eran jeroglíficos muy ocurrentes.

—¿Y qué más? —preguntó John curioso.

—Estábamos obligados a usar unos trajes gelatinosos, ¡incluso nos cubrían la cara!

—¡Puaj!, ¿de qué estaban hechos? —preguntó Luke.

—Estaban conectados a ordenadores y se recargaban con el sol y... sí, ¡ya recuerdo! Estaban fabricados con células de piel de camaleón

y millones de seres microscópicos, los osos de agua, que se adaptan a todo. Nos podíamos camuflar con lo que nos rodeaba y a través de ellos se filtraba el calor, el frío, la humedad y claro, el oxígeno. ¿Sino cómo iba yo a respirar?

—Menos mal que ya no lo usamos Tata, no me imagino no poder sentir frío, ni calor —dijo John.

—Y no poder respirar aire sin filtrar —añadió Jane.

—Y no ser nosotros mismos —concluyó Luke.

—A ver y qué más... ¡ah, sí! Las casas tenían tiendas dentro de ellas.

—¿Cómo? —indagó Jane confundida.

—Las casas tenían tubos por donde venían todo tipo de objetos.

—¿Y podías tener juguetes instantáneamente? —preguntó John incrédulo.

—¡Lo que te imagines! Apretabas un botoncito y al rato tenías lo que se te antojara en casa; lo que fuera. El problema es que teníamos tanto que después había que tirarlo todo al espacio y, acabamos saturando nuestra órbita. Recuerdo bien el bloqueo de cohetes de 2990, menudo lío se montó en las granjas de la Luna, ¡no había manera de llegar!

—Basura espacial —sentenció Luke.

—¡Eso mismo! No podíamos respirar, literalmente. De todo lo que teníamos y por el aire contaminado.

—De solo pensar en la cantidad de cosas inútiles que producían, me agobio —se apenó Jane.

—Iba todo muy despacio, la humanidad estaba concentrada en otros asuntos, digámoslo así. Y utilizábamos maquinas voladoras para hacer los viajes que hoy hacemos con teletransportaciones. Solo habíamos colonizado Marte, pero nuestra familia había decidido quedarse aquí, en la Tierra. En esa época, había muchas cosas que no estaban bien, todavía no le habíamos dado pleno derechos a los alienígenas que habían visto explotar su planeta X-240, los alienpipedos, y que se habían refugiado en nuestro mundo. Ni siquiera podíamos compartir naves con ellos.

—Tata, ya he escuchado muchas veces de cuando eras pequeña...— interrumpió Luke.

—Calla, Luke. A mí me mola mogollón —se contrarió John.

—Y a mí —añadió Jane.

—Pero hay algo que nunca les conté de cuando yo era pequeña. Esto pasó un día de primavera de 2984, cuando yo tenía exactamente ocho años, cuatro meses y cinco días. Entre lo mucho que no marchaba bien, a los niños no nos tenían permitido ir al cole, no sabíamos leer ni escribir esos jeroglíficos tan hermosos.

—¿Cómo puede ser eso Tata? —interrogó Jane.

—No lo sé, tampoco la pasábamos mal. No era que nos aburriésemos, nos entreteníamos armando trampas para tatankaceraptos* y triceraptos* y aprendiendo a domarlos. También construíamos propulsores para meter canastas espectaculares, como en la NBA de los antiguos terrícolas. Tengo, además, que decirles un secreto. Vuestra Gran Tata me enseñaba a leer a escondidas.

—¡Wow! ¡Infringían las leyes, Tata! Eran héroes —exclamó Luke.

—No. Ante ellos éramos criminales y ojito si nos atrapaban. Pero vuestra gran tatarabuela mantenía ocultas unas tablas virtuales y había decidido que tenía que educarme.

—Pero ¿no os descubrían? —preguntó John.

—Yo creo que hacían la vista gorda porque no éramos muchos. Éramos minorías. Pero como os decía, esa primavera de 2984 fue la primavera de la revolución.

—¿Eso no pasaba en la prehistoria? ¿Hubo otra revolución? —indagó John.

—Esa revolución fue llamada de otra manera, vosotros la conocéis como “La Gran Desconexión del 2984”.

—¡Ah sí, en el cole nos hablaron de eso! —expresó Jane.

—¿Eras parte de ellos? ¿De los que nos liberaron? —interrogó Luke.

—¡Yo era una niña, para mí todo era un juego y muy divertido! Pero bueno, ese día de primavera fue inusual. Era frío y lluvioso, el viento golpeaba fuerte las copas de los árboles. Se había planeado durante mucho tiempo, muchas personas a nivel planetario habían estado colaborando entre sí. Así fue como, con identidades falsas y trajes robados, habían conseguido entrar simultáneamente en las centrales mundiales y desconectarlo todo. Todos los ordenadores del mundo apagados ¡De repente nos veíamos sin trajes!, ¡en las casas nadie sabía hacer nada! Nada funcionaba. Un solo mensaje. Una luz blanca que salía de todas las pantallas.

—¡Qué pasada, Tata! —expresó John.

—Cuéntenos más —añadió Jane.

—Nadie quiso volver a conectarse. Hubo marchas, la gente salía por las calles. Nos habíamos puesto todos de acuerdo, al fin. Aunque parezca increíble. Estábamos todos tan sorprendidos, era como vernos por primera vez y descubrir que éramos unos inútiles... Bueno yo no, yo sabía arreglar los propulsores con los ojos cerrados.

—¿Cómo hicisteis para sobrevivir y cambiarlo todo? —preguntó Luke.

—¡Ah, no! ¿Sino qué os cuento el próximo domingo? Ahora, a dar un paseo por el bosque y el que llega último, ¡cosquillas de Caihong juji!*

—¡Oh! Tata, para una vez que me estaba divirtiendo —se quejó Luke.

—¡Ah!, no es tan aburrido conocer el pasado, ¿a qué no?

*Dinosaurios extintos que fueron revividos para este relato fantástico.



Gracias a todas las personas que participaron con sus relatos en este concurso del futuro, tanto a las que ganaron o fueron seleccionadas como finalistas, como a todas las demás que participaron. El jurado disfrutó de la lectura y el comentario de cada uno de los relatos que nos llegó.

Esperamos que nos volvamos a encontrar, no sabemos si en 2984 o antes, pero uno de estos años, seguro.

DESCARGABLES GRATUITOS DE WONDER PONDER

Propuestas para pensar sobre la ESCUELA

Por Elio Dubler y Daniela Martagón

¿Qué tengo que hacer y cómo tengo que ser para convertirse en un buen profesor?

¿Para qué sirve la escuela?

¿Un gato puede ser un buen profesor de humanos? ¿Y un robot?

¿Has aprendido algo en la que vas de día?

Hola, ¡tú sí, tú!

¿Te gustaría ir a una escuela sin profesores?

¿Podrías ser profesor o profesora de algo? ¿De qué?

¿Cómo sería la escuela de tus sueños?

¿Y la de tus pesadillas?

WONDERPONDER

Filosofía visual para todos los edades

¡MORTAL!

PROPUESTAS VITALES PARA PENSAR SOBRE ASUNTOS MORTALES

¿CÓMO SABEMOS QUE UN MUERTO ESTÁ REALMENTE MUERTO?

¿SE PUEDE MORIR DE AMOR?

¿ES INTERESANTE MORIRSE?

¿SERÍA ABURRIDO VIVIR PARA SIEMPRE?

¿Y TÚ, ¿QUÉ PIENSAS?

WONDERPONDER

Filosofía visual para todos los edades
wonderponderonline.com

¿Se puede morir de amor? ¿Es interesante morir? ¿Sería aburrido vivir para siempre? ¿Y tú, qué piensas? ¿Cómo sabemos que un muerto está realmente muerto? Estas son algunas de las preguntas que se plantean en este divertido y reflexivo juego de cartas. Cada carta plantea una pregunta que invita a pensar y a debatir. El juego es ideal para jugar en familia o con amigos. ¡Diviértete pensando!

WONDERPONDERO NAVIDEÑO

Propuestas para pensar sobre la Navidad

por Elio Dubler & Daniela Martagón

¿Se hacen felices los regalos? ¿Todos?

¿Deben llevar más regalos a los niños que a los mayores?

¿Por qué debes ir tan abrigado al trabajo si en la mitad del mundo es verano? (¡Ayudadme!)

WONDERPONDER

Filosofía visual para todos los edades

¡FUTURURÚ!

PROPUESTAS PARA MIRAR, LEER, HABLAR, DIBUJAR Y PENSAR SOBRE EL FUTURO

¿EVOLUCIONAREMOS O SEREMOS INMORTALES?

¿CÓMO SERÁ EL FUTURO?

¿SE ACABARÁN LAS GUERRAS?

¿EXISTE EL FUTURO?

¿CÓMO SERÁ EL CAMBIO CLIMÁTICO?

¿CÓMO TE GUSTARÍA VIVIR EN EL FUTURO?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ANIMALES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS PLANETAS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS VEHÍCULOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ALIMENTOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS TRABAJO?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS DEPORTES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS PASATIEMPOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS RELACIONES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS VALORES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS IDEALES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS SUEÑOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS AMORES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ENEMIGOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS AMIGOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS PADRES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS HIJOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ABUELOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS NIETOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ANCIANOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS JÓVENES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS NIÑOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS BEBÉS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS FETOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS EMBRIONES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS OVULOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ESPERMATOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS GERMENES?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS CELULAS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ORGANISMOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS SISTEMAS?

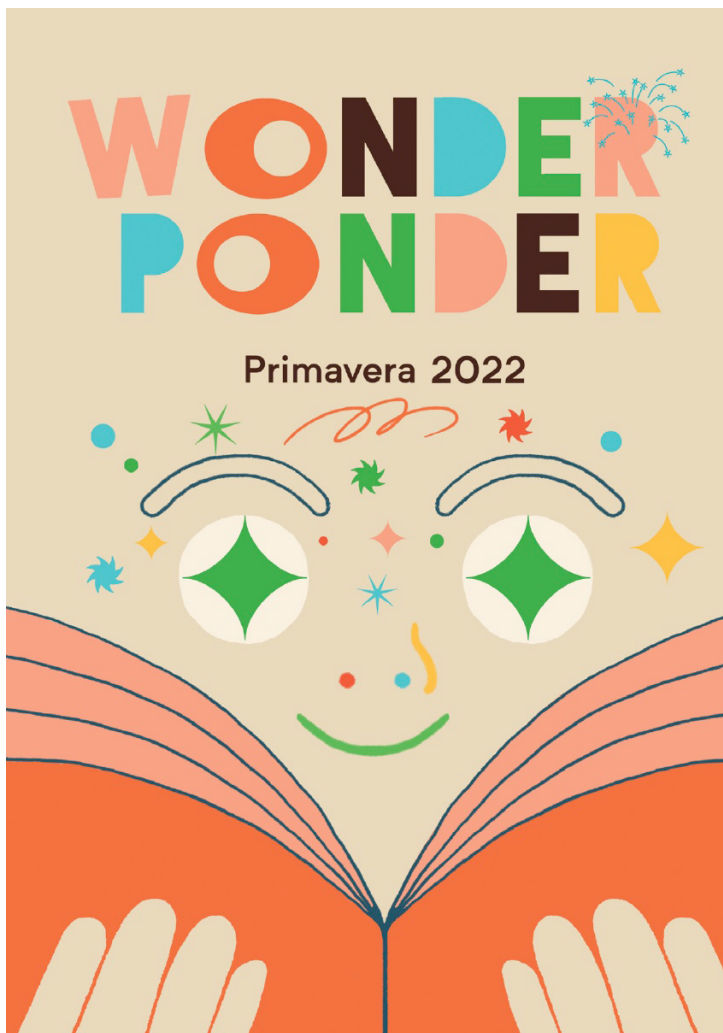
¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS ORGANISMOS?

¿CÓMO SERÍA EL FUTURO DE NUESTROS SISTEMAS?

WONDERPONDER

Filosofía visual para todos los edades
wonderponderonline.com

**EL CATÁLOGO DE WONDER PONDER CONTIENE
TÍTULOS PARA MIRAR, LEER Y PENSAR
PARA TODAS LAS EDADES**



En noviembre de 2021 desde Wonder Ponder lanzamos el Concurso de relatos UN DÍA DE 2984. Se recibieron un total de 108 relatos de España y América Latina (alguno de otros países europeos también).

Esta publicación digital incluye los relatos ganadores y finalistas en cada categoría.

El concurso de relatos UN DÍA DE 2984 forma parte de un proyecto internacional en el que invitamos a personas de todas las edades a imaginar, escribir, dibujar, conversar y hacerse preguntas sobre el futuro para pensar de manera tan profunda como juguetona acerca del futuro que queremos y el que no queremos y sobre las posibilidades de hacer algo al respecto. Forma parte de la investigación para un libro sobre el futuro en el que estamos trabajando en Wonder Ponder, que arrancó con la publicación del cuadernillo descargable FUTURURÚ, en el marco del ciclo de talleres VIAJE AL FUTURO realizados en Madrid, en el Espacio Abierto Quinta de los Molinos durante la temporada 2021-2022.

**WONDER
PONDER**